

DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

LA CUARTA ENTENTE CORDIALE

por DANIEL HENAO HENAO

Por haber estado muy cerca geográfica y cordialmente de esos hechos, no puedo dejar de pensar sin emoción en esa última semana de mayo de 1940. Roto en dos el ejército aliado, una parte replegada hacia el sur de La Somme, la otra combatiendo de espaldas al litoral de La Mancha, las fuerzas belgas tratando de cubrir su flanco, que recibe todo el embate del enemigo, se ven obligadas el 27 a una capitulación militar. Y el general Weygand, nombrado el 19 generalísimo de un ejército en grave peligro, se empeña por hacer que esas dos puntas de un frente seccionado por el empuje alemán que se infiltró por Sedán, puedan reanudar sus contactos. Vano empeño. Un millón de hombres aliados —franceses, belgas, ingleses— “queda comprimido sobre el mar con un solo puerto de aprovisionamiento: Dunkerque”. Y merced a la heroica acción de cobertura efectuada por las tropas francesas y a la admirable actuación de la marina británica, cerca de 350.000 hombres, de los cuales 110.000 franceses, logran ser evacuados a Inglaterra. Esta es la proeza que pasará a la historia con el nombre de la evacuación de Dunkerque.

Menos de siete años después, en esa histórica playa de Dunkerque (en celta Iglesia de las Dunas), Georges Bidault y Ernest Bevin acaban de poner sus firmas a la alianza franco-inglesa. El hecho tiene una excepcional significación. Francia e Inglaterra, pasando por sobre las diferencias que las han separado en los años últimos, que el adversario de la batalla mencionada atizó, y que encontró material para ser atizada con acontecimientos como los de Dunkerque mismo, y Mers-el-Kebir, acaban de empeñar sus firmas en una alianza por cincuenta años con el fin de “prestarse mutua asistencia para hacer fracasar todas las reanudaciones de la política alemana de agresión”.

Para poder medir en lo que vale el alcance de este tratado, es necesario recordar las alternativas por las cuales ellas han pasado a través de la historia moderna, y en especial en los años últimos. Bajo la apariencia cordial que las anima (Georges Bidault pudo decir, al firmar el 3 de marzo el tratado, que entre los dos países existía una alianza no escrita; Talleyrand le hubiera respondido: *Cela va de soi, mais cela va encore mieux en l'écrivant*) las relaciones entre los dos países han sufrido de la pugna de intereses que dividen a los dos imperios. Y ello sin contar las cicatrices que dejó la guerra, y las polémicas a que dieron lugar las actuaciones inglesas en ella, y en especial las ya mencionadas acciones de Dunkerque y Mers-el-Kebir. Ni tampoco las oficiales acciones animadas por el gobierno de Vichy, que culminaron con la ruptura de relaciones, aunque si creemos al profesor Rouvier, autor de un libro célebre, detrás de tales polémicas y distanciamientos aparentes, existía un hilo secreto que mantenía enhebrada la conversación entre Churchill y Petain.

Recordemos sí que el movimiento de la Francia Libre primero, de la Francia combatiente más tarde, ambos dirigidos por el general de Gaulle, y ambos uno mismo, pudo organizarse, armarse e instalar en el Londres mártir sus campamentos, gracias, en gran parte, a la ayuda inglesa. Que desde las antenas de la BBC salieron el grito de esperanza de De Gaulle a raíz del armisticio y las subsiguientes voces de estímulo que dirigía el equipo que animaba Maurice Schumann. Y que, finalmente, de Inglaterra salieron todas las tropas aliadas que forzaron el muro del Atlántico por la bella Normandía, y el gobierno que más tarde instaló en Francia el general De Gaulle. ¿Por qué pues, se preguntará el desprevenido lector, después de esta cordialidad de armas, de intereses en la guerra, en la lucha y en la paz, sólo ahora los dos países firman su alianza?

Las razones son varias y encuentran su explicación en la historia, en la pugna de intereses que de los dos aliados de siempre han llegado a hacer contrincantes, en ocasiones. Para referirnos sólo al gobierno provisional francés, mencionemos el mal entendimiento que en las relaciones entre aliados se filtró con motivo de la pugna entre los generales De Gaulle y Giraud, que reemplazó el aún más trágico producido por el affaire Darland, ambos ocasionados por la invasión aliada al Africa del Norte e instalación de un gobierno provisorio francés en dicha porción de territorio franco-africano. Desaparecido dicho obstáculo ea la

entrevista tripartita de Casablanca, con la liquidación generosa de Giraud; libertada la Francia toda en el admirable combate metropolitano, gracias al cual entraron, por la Normandía y el Mediodía, las tropas aliadas en racha inolvidable; libre París en fin, e instalado en su seno el gobierno provisional de Francia; reforzado éste con la entrada a él de los jefes de la resistencia que desde el suelo mismo francés habían luchado por la liberación de la patria, y muy especialmente con el nombramiento de Georges Bidault como vicepresidente del Consejo, ministro de relaciones exteriores, parecía allanado el camino para que la alianza no escrita recibiera su firma y protocolización en un tratado formal. No fue así, empero, y un nuevo pero ya viejo motivo de discordia se interpuso entre las dos potencias: el problema sirio-libanés.

Estos dos países bajo mandato francés habían jugado durante la guerra papel preponderante, como etapas hacia la India que son, y vecinos de grandes pozos petrolíferos, lo que hace que en ellos se crucen y entrecrucen las influencias, los intereses y en veces aún las intrigas de las potencias. Francia tiene establecidas allí desde lejanos tiempos sedes culturales y económicas que no puede dejar abandonadas sin testamento a otras culturas, ni devolver sin inventario a los árabes por ella iniciados en los ritos de la civilización occidental. Cuando, por virtud de la amenaza alemana sobre Siria, los ingleses tomaron cartas en dicha porción francesa, para lograr la expulsión de los agentes nazis que allí se habían infiltrado en tiempos del general Dentz, alto comisario francés en el Levante, todo francés sintió que, aún en ese caso de necesidad, tal influencia extraña, y aun la aliada, no dejaría de traer complicaciones para el futuro. El nuevo alto comisario francés degaullista, general Catroux, gran negociador, logró mediante la oferta formal de próxima independencia completa calmar los ánimos inquietos de los árabes que la solicitaban inmediata, y celebrar con el ministro inglés en el Medio Oriente un acuerdo que cubría los respectivos intereses, y los delimitaba. Pero tal promesa no pudo realizarse de inmediato a raíz de la instalación del gobierno francés de De Gaulle en París, y la animosidad árabe renació sustentada y auspiciada por sus congéneres de los otros países levantinos, animosidad en la cual no eran extrañas, si creemos el acre y duro discurso pronunciado entonces por el general De Gaulle, las influencias de los agentes ingleses de la vieja escuela de Lawrence, inquina a la cual sirvió de pretexto el re-fuerzo de las tropas francesas en el Levante —relevo según los

franceses— lo que ocasionó la ocupación inglesa del país. No creemos equivocarnos al pensar que tal hecho, y las recriminaciones entre Francia e Inglaterra a que él dio lugar, fue causa de que se aplazaran las negociaciones de alianza entre los dos países.

No era tal caso del Levante el único, sin embargo, que dividía a los aliados de la víspera. Los intereses de Francia en Alemania—Sarre, Renania, Ruhr— mediaban en la diferencia.

Y otra había y más grave diferencia sobre el plano mundial. Rusia ha mirado siempre con desvío todo intento de una alianza occidental, que bien sea con el nombre de Entente, de acuerdo, o de tratado, una a los países occidentales, bien sea bajo el mote de Bloque Occidental, antipático al Soviet, o bajo el más amplio y cordial de Familia Occidental, que Blum trajo de sus prisiones alemanas. Y así vimos con sorpresa al jefe del gobierno francés y a su ministro de relaciones exteriores emprender el largo viaje hacia Moscú, para firmar con Rusia una alianza, mientras quedaba en cuarentena la alianza con el aliado que apenas está separado de Francia por los pocos kilómetros del Canal de la Mancha. Respondía este tratado franco-moscovita a una doble exigencia: la interior sostenida por el comunismo francés, ex-internacional, que si no recibe, escucha de Moscú sus consignas; y la que el jefe del gobierno, De Gaulle, que seguía en ello la trayectoria de negociaciones de Laval, Herriot, Flandin, quiso estipular en un pacto, creyendo, erróneamente a nuestro entender, colocarse en tal forma como un fiel de balanza entre las dos influencias que hoy se disputan el mundo y ponen en peligro su difícilmente ganada y aún más difícilmente sostenida paz: la rusa y la anglosajona. En esta forma, las relaciones internacionales de Francia, encontraron su primera estipulación contractual con la alianza franco-rusa contra Alemania, igualmente firmada por Bidault, y que hacía pasar por un lejano meridiano —el de Moscú— la iniciación de ellas por Francia.

Ella estaba por lo demás llamada a complementar la ya firmada por Inglaterra con Rusia, y a doblarse de una franco-inglesa que apenas hoy ve su realización.

No tocó al general De Gaulle durante sus años de gobierno ver su culminación en un pacto. Félix Gouin, su sucesor, entabló tímidas aproximaciones en materias económicas. Pero había de tocar a Blum —que con Herriot, de regreso de Alemania por un

largo camino que pasó por Moscú, figura en Francia como adalid de tal entendimiento— reanudar formalmente los contactos. Ello hubo de efectuarse con motivo del viaje de Blum a Londres, al iniciarse su reciente gobierno. Muy indicado estaba él para hacerlo, por acabar de firmar con los Estados Unidos el célebre pacto económico que para Francia ha sido un pulmón de acero. Pero tampoco pudo Blum, dada la brevedad de su estada en el poder, firmar el pacto que hoy halla al fin su protocolización en el acuerdo firmado el 3 de marzo pasado en Dunkerque.

Pasando a analizar el texto mismo del tratado, debemos declarar que éste nos parece escueto, y bien restringido su campo de acción. No se trata de una alianza general ofensiva y defensiva, sino de un acuerdo contra la eventual reincidencia de un enemigo determinado, Alemania, que puede ser el más importante pero no el único posible violador de la paz europea y de las fronteras de los dos países firmantes. En el tiempo tiene sí él una ventaja por sobre las alianzas franco-rusa y ruso-inglesa: se extiende al lapso de cincuenta años, doble del de los anteriores, y plazo que Bevin no pudo obtener de Stalin para la prolongación del tratado entre los dos países. Es éste aún más extenso que el que Byrnes solicitó en su célebre discurso de Stuttgart como el que sería conveniente estipular en un acuerdo de los cuatro grandes sobre desarme de Alemania, acuerdo que su sucesor el general Mashall acaba de reclamar nuevamente a su paso por Moscú, vía Berlín.

El pacto franco-inglés de Dunkerque es una alianza bilateral. Quienes somos partidarios de la seguridad colectiva, no podemos suscribir sin reato a la tesis de que éstas imperen de nuevo en el campo defensivo de la post-guerra. Cuando en vísperas del conflicto último las potencias creyeron del caso reforzar el pacto de la S. de N. con alianzas bilaterales a él paralelas y no siempre en él inspiradas ni ensartadas, esa trama de convenios no hizo sino formar sobre el Covenant una tela de araña de acuerdos que hizo más confusos y opacos que fuertes y claros los deberes de sus adherentes. El mismo peligro nos parece tienen las actuales alianzas. No obstante que ellas pretendan inspirarse en los principios de la Carta de San Francisco, y en lo que a Alemania se refiere en el artículo 107 de la misma. El capítulo VIII del Pacto de las Naciones Unidas, si bien autoriza y encomia los acuerdos regionales, no nos parece tampoco que pueda invocarse para realizar

estos acuerdos defensivos que sólo tienen de regionales el estar situados sus firmantes en el mismo continente. Europa, por lo demás, no puede invocar como América las concomitancias raciales, geográficas, culturales, pacíficas, que campean en favor de los pactos defensivos americanos, y del federalismo americano en general. Se cruzan y se cortan demasiados círculos de intereses en esa bella porción del mundo para que pueda invocarse en abono de tales partes el regionalismo. Y más parecen dichas alianzas bilaterales, por más que tienden a una cuadripartita, unas concesiones en el solo punto en que sus firmantes están acordes, para delimitarlo (acuerdo que por lo demás tampoco es completo como nos lo demuestran los disímiles criterios en cuanto a Alemania se refiere y que en la actual sesión de Moscú se ven enfrentados) y poder partir a combatirse en otros campos, en otras esferas, a asegurar la cimentación de sus feudos y clientelas en el mundo.

Réstanos sólo para hacer completa esta memoria de las relaciones franco-inglesas en la época moderna, reseñar brevemente las diversas etapas por ellas atravesadas.

I. La primera *Entente Cordiale* fue promovida por la reina Victoria. Preparado el terreno por sus embajadores, la reina hace una visita a Luis Felipe en 1843 y en ella se protocoliza. Fue ella de corta duración y ya en 1846, después de la partida de Lord Aberdeen, tanto la Entente como la cordialidad empiezan a fallar. Inglaterra asiste impasible al desastre francés de 1870.

II. No fue más venturosa la amistad franco-inglesa en los años que siguieron al primer Sedán. La crisis de Egipto en 1882, el bombardeo de Alejandría y el retiro de la flota francesa de Puerto Said no eran, propiamente hablando, una reanudación de relaciones. La crisis de Fachoda en 1898 envenena aún más la atmósfera. Lord Kitchener encuentra en Fachoda la misión Marchand, y, despreciando su presencia, anexa el país con el nombre de Sudán Anglo-egipcio. La Francia exhausta de entonces se inclina ante la amenaza de la guerra.

III. A comienzos de este siglo, la soberbia Alemania, erizada con sus victorias en Sadowa y Sedán, hace reflexionar a Inglaterra. La cordialidad renace entre los dos aliados. Su más visible manifestación es la visita de Eduardo VII a París en 1903 que el presidente Loubet devuelve dos meses más tarde. Un

pacto liquida el 8 de abril de 1904 la rivalidad colonial franco-británica e inaugura la *segunda Entente Cordiale*. Francia se compromete por él a no entorpecer en forma alguna la actividad de Inglaterra en Egipto; los ingleses en compensación dan toda libertad a Francia para que intervenga en Marruecos. Un cambio de notas entre Lord Grey, ministro de relaciones inglés, y Paul Cambon, el gran embajador francés en Londres, precisa los compromisos de consulta y asistencia eventual que ligan a las dos potencias. Tal precisión dejó por lo demás mucho que desear.

Cuando la sombra del primer conflicto europeo se hizo más visible, los dos países experimentaron la necesidad de sentirse más cercanos. En abril de 1914 el rey Jorge V viene a París. El término de alianza es reemplazado por el de *Entente Permanente*. No obstante esa cordialidad, hasta el último momento Lord Grey será reticente para definir la actitud inglesa. Alemania podría prevalerse de tal reticencia más tarde para decir que si ella hubiera sabido hasta dónde iría Inglaterra, otra hubiera sido su conducta.

IV. La paz y los disentimientos separaron en la mesa de la Conferencia de la Paz a los aliados de la víspera. Fueron ellos notorios tanto sobre las cláusulas territoriales como sobre las financieras y económicas de la paz de Versalles. Clemenceau y Lloyd George sostuvieron agrias polémicas en el seno de la Asamblea de la Paz. Esta fue, y tal vez en gran parte, en virtud de tal mal entendimiento, una paz trunca y efímera.

Años transcurrieron antes de que Francia e Inglaterra aparecieran como consignatarias de un tratado. En 1925, el 15 de octubre, Aristides Briand, Austin Chamberlain y Stressman firman el célebre tratado de Locarno, por iniciativa alemana y tal vez por insinuación del embajador inglés en Berlín. Merced a tal acuerdo, la Gran Bretaña garantiza las fronteras germano-alemana y germano-belga. Francia, Bélgica, y más tarde Polonia y Checoslovaquia, celebran con Alemania pactos que estipulan el statu quo de sus fronteras respectivas con ella, bajo el control y la garantía de Inglaterra para dichas fronteras. Alemania habría de denunciar y violar tales pactos el 7 de marzo de 1936 y con sus posteriores acciones bélicas.

VI. En 1935, Pierre Laval, Mussolini y Mac Donald firman el pacto que asocia a Italia en la colaboración europea. Laval y Sir Samuel Hoare, hoy Lord Templewood, fueron los autores de esta política. Dicho pacto se conoce con el nombre de acuerdo de

Stressa. La cuestión abisinia y las sanciones pusieron fin, en el otoño del mismo año, a este intento.

VII. En 1936 Flandin negocia en Londres un nuevo acuerdo de asistencia mutua, llamado a reemplazar el de Locarno. Dicho acuerdo marca el principio de la *tercera Entente Cordiale*.

En 1938, Georges Bonnet y Lord Halifax como ministros de relaciones exteriores de las dos potencias, ponen los últimos detalles a la alianza diplomática, económica y financiera franco-británica. La crisis sudete y el acuerdo de Munich ponen a prueba la solidez de dicha alianza. Para hacer más visible el entendimiento, los reyes británicos viajan a París y el presidente Lebrun les devuelve su visita. El acuerdo entre los dos aliados parece completo al estallar la guerra, no obstante que para adormecerlos Alemania logra, en septiembre de 1939 en Munich y en diciembre del mismo año en París, firmar pactos de amistad separada con cada uno de ellos.

En el curso de la guerra la visitas, conferencias y reuniones ora en París, ora en Londres, reúnen a los dirigentes franco-ingleses. El general Gamelin, "nuestro general Gamelin" para emplear los términos mismos del ministro inglés de la guerra Hore-Belisha, es nombrado general en jefe de las fuerzas aliadas. Paul Reynaud, en fin, en marzo de 1940 firma en Londres en su calidad de primer ministro francés el tratado que prohíbe a los dos aliados la firma de una paz separada.

Los subsiguientes acontecimientos son del dominio público. Inglaterra ofrece en lo más crudo de la batalla de Francia la fusión de los dos países y de los dos imperios en uno que atenderá solidariamente a la reparación de los daños sufridos. (Comunicación de Churchill el 16 de mayo de 1940.) Pero ya la suerte estaba echada en tierras de Francia y el general De Gaulle viajaba a Inglaterra a continuar desde allí una resistencia que el mariscal Petain no consideraba posible. Diez días después se suspendían las hostilidades franco-alemanas y se firmaba el armisticio. Un general francés y un primer ministro inglés protestaban desde Londres. El tiempo les dio razón. No fue dado a ninguno de ellos reanudar la alianza entre los dos países. Sí a sus sucesores. Y así vemos hoy firmar la *cuarta Entente Cordiale* en Dunkerque. Y Paul Reynaud, el premier que tuvo que ceder a Petain las riendas del gobierno en junio de 1940, puede hoy ofrecer a otro ratirado como él, Churchill, esa alianza, desde las mismas ensangrentadas arenas de Dunkerque a donde fue en la comitiva francesa que

firmó el nuevo pacto. El mismo Paul Reynaud que en arengas memorables había dicho: "La France ne peut pas mourir, et Elle renaitra." Georges Bidault, a su turno, pudo decir en Dunkerque al firmar la alianza que "ella vale más por el espíritu que la informa que por las cláusulas que contiene". Así lo esperamos quienes entre los bloques de influencia que hoy dividen el mundo, ansiamos ver la luz de una esperanza occidental que imponga orden en el descuadernado mundo y declare a éste la paz.

Marzo de 1947.